



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1345

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 7 DE AGOSTO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LOS DRAMAS DEL MAR

NAUFRAGIO DEL VAPOR "SIRIO"

TRESCIENTOS MUERTOS

Muestra de gratitud.

Hemos recibido la siguiente carta que publicamos textualmente, en la que varios naufragos expresan su gratitud al pueblo de Cartagena. Dice así:

Cartagena 6 de Agosto de 1906.
Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.

May señor nuestro: Con motivo del naufragio del vapor «Sirio», unos cuantos supervivientes argentinos deseamos haga constar en las columnas del periódico de su digna dirección, las gracias más expresadas sobre la fraternidad con que nos han tratado.

Damos las gracias anticipadas y saludamos respetuosamente los súbditos argentinos Q. S. M. B.

Apolinario Martínez.—Esteban Solé.

En los Cinematógrafos.

En los tres Cinematógrafos establecidos en la explanada del muelle de Alfonso XII, celebráronse anoche funciones á beneficio de los naufragos del trasatlántico «Sirio».

Los hermanos García donaron el producto íntegro de la entrada, que asciende á la cantidad de 1.014'15 pesetas.

Los cinematógrafos «El Brillante» y el «Trébol», deducido gastos, han entregado 90'30 pesetas y 103'60 pesetas, respectivamente.

El diestro «Bienvenida».

Este aplaudido diestro está siendo objeto de grandes muestras de simpatía y cariño, á las que se ha hecho acreedor por su rasgo generoso y noble.

Anoche fué obsequiado con una serenata, y los señores de la Comisión encargada de arbitrar recursos para



D. O. M.

Por las almas de los fallecidos

en el naufragio del trasatlántico «SIRIO»,

se celebrarán mañana á las diez solemnes Honras fúnebres

en la Iglesia Parroquial de Santa María de Gracia de esta Ciudad.

El Reverendo Clero suplica á los fieles una oración en sufragio de las víctimas y la asistencia al referido acto religioso.

Cartagena 7 de Agosto de 1906.

el socorro de los infelices naufragos, le han regalado un colgante de oro, que es una medalla de la Virgen de la Caridad, rodeado de brillantes y rubíes.

Al dorso lleva la siguiente inscripción: «Cartagena á «Bienvenida».—Gratitud.—5 de Agosto de 1906».

Profundamente emocionado, el generoso torero sevillano, dijo al recibir el recuerdo:

«Entraré en Sevilla con la medalla puesta para que la vean enseguida mi madre y mis hermanas, y además prometo llevarla toda la vida».

El Arzobispo de Pará.

Este ilustrado Prelado, que como ayer dijimos, salvóse milagrosamente del naufragio del vapor «Sirio», encuéntrase alojado en casa del virtuoso sacerdote don Joaquín Catá, director del Asilo de la Purísima, con el se-

cretario que fué del obispo de San Pablo del Brasil que pereció en la catástrofe.

Ambos están siendo muy obsequiados por el señor Catá, que les ha provisto de todo lo necesario, incluso de hábitos religiosos é insignias.

El Sr. Arzobispo ha celebrado misa esta mañana á las siete y media, en la Iglesia de Santa María de Gracia, y mañana, á la misma hora, celebrará otra, en la Iglesia de la Caridad, en sufragio de los que perecieron en el naufragio.

Horas fúnebres.

En la Iglesia parroquial de Santa María de Gracia, se celebrarán mañana á las diez solemnes honras fúnebres que el clero de esta ciudad dedica á las víctimas de la horrenda catástrofe.

Deber cumplido.

Nos hallamos satisfechos del com-

portamiento del pueblo de Cartagena en esta ocasión tristísima. Todos, ricos y pobres, han cumplido con exceso con los deberes que la caridad y la hospitalidad impone, y buena prueba de ello son las frases de gratitud que incesantemente pronuncian los naufragos.

La caridad oficial ha cumplido como buena: pero, los particulares, —volvemos á repetirlo,—han conquistado con su nobilísimo comportamiento impercederos timbres de la gloria que más vale y enaltece: De buenos sentimientos.

[Loor á la hospitalaria Cartagena!

En la Tienda Asilo.

Es interesantísimo el aspecto que presenta la Tienda-Asilo de San Pedro, en las horas en que allí van á comer los naufragos.

Los más se presentan humildes y agradecidos; pero hay algunos—en el

campo más florido crecen cardos,—exigentes y provocadores, á los cuales, para no castigarlos cumplidamente, hay que hacer esfuerzos titánicos.

Esta mañana hubo uno que al servirle el café, pidió que se lo dieran helado...

En la Tienda-Asilo se viene reparando, tres veces al día, trescientas cincuenta raciones de comida.

Por la mañana, se le sirven café con leche, pan y manteca.

Al medio día, sopa, cocido, pan, vino y postre de fruta.

Por la noche, guisado de carne, pan, vino y postre.

A recoger los naufragos.

La Compañía general de navegación italiana, ha telegrafado diciendo que pasado mañana llegará á este puerto otro de sus grandes vapores para recoger los naufragos.

Buena noticia.

Las hermanas italianas Angela y Elisa Ferrera, de once y quince años de edad, respectivamente, han tenido noticias de su madre, á la que consideraban perdida en las profundidades del mar.

La recogió un vapor francés, dejándola en Alicante.

La alegría que les ha producido la noticia es indescribible.

El vapor «María Luisa».

El capitán del vapor «María Luisa», que hace la travesía entre este puerto, Alicante y Orán, justifica su escasa intervención en el salvamento de los naufragos del trasatlántico «Sirio», con el siguiente relato:

«Al acercarme al buque naufragado, noté que había varado en el bajo que existe á unos cinco cables de distancia de la isla Hormiga, ofreciendo par-

dulces; creo que han acabado ya y que vendrán ahora. Iba á levantarme de la mesa cuando José, que subía del valle á la montaña arrojando dos muelas cargadas de cañabava, se paró en el atico desde el cual se divisaba el interior y gritóme: —Buenas tardes. No puedo llegar, porque llevo una chúcarra y se me hace noche. Ahí le dejo un recado con las niñas. Madruga mucho mañana, porque la cosa está segura. —Bien,—le contesté,—iré temprano: saludos á todos. —No se olvide de los balines. Y saludándome con el sombrero, continuó subiendo. Dirígeme á mi cuarto á preparar la cocopeta, no tanto porque ella necesitase de limpieza cuanto por borrar pretexto para no permanecer en el comedor, en donde al fin no se presentó María. —También yo abierte en la mesa una cajita de plátanos cuando vi á María venir hacia mí, trayéndome el café que probé con la cucharita antes de verme. Los plátanos se me regaron por el suelo apenas se acercó. Sin resolverse á verme, me dió las buenas tardes, y colocándome con mano insegura el platillo y la taza en la ba-

randa, buscó por un instante, con ojos cobardes, los míos, que la hicieron sonrojar; y entonces, arrojada, se puso á recoger los plátanos. —No hagas tú eso,—la dije,—yo lo haré después. —Yo tengo muy buenos ojos para buscar cosas chiquititas,—respondió,—á ver la cajita. Alargó el brazo para recibirlo, exclamando al verla: —¡Ay! se han rogado todos. —No estaba lleva,—le observé ayudándola. —Y que se necesitan mañana de estos,—dijo soplandoles el polvo á los que tenía en la sacrosada palma de una de sus manos. —¿Por qué mañana, y por qué de estos? —Porque como esa cocerita es peligrosa, se me figura que errar un tiro sería terrible, y conosco por la cajita que estos son los que el doctor te regaló el otro día, diciendo que eran ingleses y muy buenos... —Tú lo oyes todo. —Algo hubiera dado algunas veces por no oír. Tal vez sería mejor no ir á esa cocerita. José te dejó un recado con nosotras. —¿Quieres tú que no vaya? —¿Y cómo podía yo exigir eso? —¿Por qué no?

lo dirás; y yo no volveré á hacerlo ni á decirlo. ¿No es muy fácil eso? —¿Y yo? ¿no debo exigir de tu parte lo mismo? —No, porque yo no puedo aconsejarte á tí, ni saber siempre si lo que pienso es lo mejor; además, tú sabes lo que voy á decirte, antes que te lo diga. —¿Estás cierta, pues; vivirás convencida de que te quiero con toda mi alma?—la dije con voz baja y conmovida. —Sí, sí, respondió muy quedo; y casi tocándose los labios con una de sus manos, para significarme que callara, dió algunos pasos hacia el salón. —¿Qué vas á hacer?—la dije. —¿No oyes que Juan me llama y llora porque no me encuentra? Indecisa por un momento, en su corazón había tal dulzura y tan embrosca languidez en su mirada, que ya había ella desaparecido y aun las veía mi alma.